

implorar el apoyo y del que no oyó sino la confesión? ¿Soy yo quien la conduje á casa de Achard, y no fué usted quien allá la siguió? Por lo que respecta á Manuel, el disparo que usted ha oído y este espejo roto dan fe de que yo prefería morir á no salvar mi vida á expensas de su secreto, señora. No, créame usted: soy el instrumento, no el brazo; el efecto, no la voluntad. Dios, señora, es quien lo ha conducido todo en su providencia infinita para que usted vea á sus pies, como acaba de verlos, á los dos hijos á quienes por tan largo período de tiempo ha separado usted de sus brazos.

—Pero existe un tercer hijo, y no sé qué debo esperar de él—repuso la marquesa con voz en la que, por fin, empezaba á transparentarse alguna emoción.

—Déjele usted llenar su último deber, y una vez cumplido, solicitará de rodillas sus órdenes.

—Y ¿qué deber es ese?—preguntó la marquesa.

—Devolver á su hermano la representación á que tiene derecho, á su hermana la dicha que ha perdido, y á su madre la tranquilidad que implora y no puede hallar en parte alguna.

—Sin embargo,—arguyó llena de admiración la marquesa—gracias á usted el señor de Maurepas ha negado al señor de Lectoure el regimiento que éste le pedía para mi hijo.

—Porque el rey acababa de concedérmelo para mi hermano—dijo Pablo sacando el despacho del bolsillo y poniéndolo sobre la mesa.

La señora de Auray posó la mirada en el documento, y efectivamente vió el nombre de Manuel.

—No obstante,—prosiguió la marquesa—quiere usted ceder á Margarita á un hombre sin representación y sin fortuna... y lo que es más, proscrito.

—Se equivoca usted, señora—repuso Pablo;—quiero conceder á Margarita al hombre á quien ella ama; no á Lusignán el proscrito, sino al señor barón Anatolio de Lusignán, gobernador por Su Majestad de la isla de Guadalupe. Aquí está el despacho.

La marquesa fijó los ojos en el pergamino y vió que, como la vez primera, Pablo había dicho la verdad.

—Confieso que con esto quedan satisfechas la ambición de Manuel y la dicha de Margarita.

—Y la tranquilidad de usted señora, pues Manuel debe agregarse á su regimiento, Margarita sigue á su esposo, y usted se queda sola, ¡ay! como lo ha deseado usted tantas veces.

La marquesa dió un suspiro.

—¿Qué? ¡no es así, señora? ¿me habré equivocado?—prosiguió Pablo.

—Pero,—murmuró la marquesa—

¿cómo voy á desempeñar mi compromiso con el barón de Lectoure?

—El marqués ha muerto, señora, ¿y no le parece á usted causa suficiente para el aplazamiento de una boda la muerte de un marido, de un padre?

Por toda respuesta la marquesa se sentó en el sillón, tomó recado de escribir, trazó algunas líneas, dobló la carta, escribió en el sobre el nombre del barón de Lectoure y llamó.

Transcurridos algunos segundos, durante los cuales Pablo y su madre permanecieron silenciosos, pareció un criado, á quien dijo la marquesa:

—Dentro de dos horas entregue usted esta carta al barón de Lectoure.

El criado tomó la carta y se fué.

—Ahora que ha hecho usted justicia á los inocentes, perdone usted á la culpada, caballero—prosiguió la marquesa. —Usted posee documentos que justifican su nacimiento; es usted el mayorazgo, y, á lo menos según la ley, tiene usted derecho al apellido y á la fortuna de Manuel y de Margarita. ¿Qué exige usted por esos documentos?

Pablo sacó de su bolsillo los papeles á que la marquesa se refería, y tendiendo la mano hacia la llama del hogar, respondió:

—Permítame usted que por una sola vez le apellide madre, y déme usted, por una sola vez, el nombre de hijo.

—¡Es posible!—exclamó la marquesa levantándose.

—Usted habla de representación, de apellido y de fortuna,—prosiguió Pablo moviendo la cabeza con expresión de profunda melancolía,—y para nada necesito de eso. Yo me he creado una posición á que han alcanzado pocos hombres á mi edad; he adquirido un nombre que es la bendición de un pueblo y el terror de otro, y como se me antojara, acumularía una fortuna digna de un rey. ¿Qué me importa, pues, su apellido, su representación y su fortuna, señora, si no puede ofrecerme nada más, ni me da lo que siempre y en todas partes me ha faltado, lo que no puedo crearme, lo que Dios me había concedido y la desdicha me arrebató, lo que solamente usted puede devolverme, una madre?

—¡Hijo mío!—exclamó la marquesa, vencida por la voz y las lágrimas de Pablo;—¡hijo mío!... ¡hijo mío!

—¡Ah!—profirió el joven dejando caer los papeles en la llama, que los devoró en un instante;—¡ah! ¡por fin ha salido de su corazón ese grito tan ansiado por mí, tan solicitado; tan implorado. ¡Gracias, Dios mío, gracias!

La marquesa se había caído de nuevo en el sillón, y Pablo estaba de rodillas y con la cabeza escondida en el seno de su madre.

—Mírame,—dijo por fin la de Augay

levantando la cabeza á su hijo.—Estas son las primeras lágrimas que derraman mis ojos después de veinte años. Dame la mano,—añadió la marquesa tomando la del joven y colocándola sobre su pecho;—este es el primer gozo que, desde hace veinte años, hace latir mi corazón. Ven á mis brazos; esta es la primera caricia que prodigo y recibo de veinte años á esta parte. Los veinte años últimamente transcurridos son indudablemente mi expiación, pues Dios me da, me devuelve las lágrimas, el gozo y las caricias... ¡Gracias, mi Dios! ¡gracias, hijo mío!

—¡Madre!—profirió Pablo.

—¡Y yo temía verte! ¡y al verte de nuevo me estremecí! ¡Yo ignoraba... yo no sabía qué efectos dormían en mi propio corazón! ¡Oh! ¡te bendigo! ¡te bendigo!

En esto se oyó doblar la campana de la capilla, y al fúnebre tañido la marquesa se estremeció. Había llegado la hora de los funerales. El cuerpo del noble marqués de Auray y el del pobre Achard iban á ser restituídos á la tierra.

—Esta hora debe ser consagrada á la oración—dijo la marquesa levantándose.—Me retiro.

—Parto mañana, madre mía, ¿no volveré á verla á usted?—profirió Pablo.

—¡Oh, sí, sí!—exclamó la marquesa.

—¡Oh! ¡quiero verte otra vez!

—Pues bien, madre mía, esta noche me encontraré en la entrada del parque. Hay en él un lugar sagrado para mí, un lugar al cual me cumple hacer una visita postrera: allí la aguardaré á usted. Allí es donde debemos despedirnos, madre mía.

—Iré—dijo la marquesa.

—Tome usted,—repuso Pablo,—tome usted, madre mía, aquí están éste diploma y este nombramiento; el uno es para Manuel y el otro para Margarita. Proceda de manos de usted la dicha de sus hijos. Créame usted, madre mía, yo soy á quien ha dado usted más.

La marquesa fué á encerrarse en su oratorio. En cuanto á Pablo, salió del castillo y se encaminó á la cabaña de pescador, adonde ya le hemos visto dirigirse una vez; para allí había citado á Lectoure; allí era donde le aguardaban Lusignán y Walter.

A la hora convenida para el duelo, Lectoure pareció á caballo, orientándose del mejor modo posible para llegar al lugar de la cita, por serle desconocidas, así como al criado que le acompañaba, aquellas localidades.

Al ver al barón, los jóvenes salieron de la cabaña, y reparando aquel en ellos, se les acercó, apeándose al encontrarse á una distancia conveniente y

echando las riendas de su caballo sobre el brazo de su criado.

—Ustedes dispensen, señores, si llevo solo y como una avanzada,—dijo Lectoure acercándose á los que le estaban aguardando;—pero la hora elegida por el caballero,—añadió haciendo una cortesía á Pablo, que se la devolvió, era precisamente la fijada para los funerales del marqués: he dejado, pues, á Manuel que llenase sus deberes de hijo, y me he venido sin testigo, esperando habérmelas con un adversario bastante generoso para prestarme uno de los suyos.

—Estamos á sus órdenes, señor barón contestó Pablo;—ahí mis dos padrinos. Elija usted, y aquel á quien honre usted con su elección lo será de usted al instante.

—Le juro á usted que no tengo preferencias,—repuso Lectoure—designe usted mismo cuál de esos dos caballeros destina usted á prestarme este favor.

—Walter,—dijo Pablo,—póngase usted al lado del señor barón.

El teniente obedeció, y los dos adversarios se saludaron nuevamente.

—Ahora, caballero,—prosiguió Pablo,—permítame que ante nuestros testigos respectivos le diga algunas palabras, no por vía de satisfacción, sino de aclaración.

—Diga usted, caballero,—repuso Lectoure.

—Cuando le dirigí á usted las palabras que le han traído aquí, lo que ha pasado de ayer acá estaba todavía oculto en lo porvenir, porvenir inseguro que podía haber venido acompañado de la desventura de toda una familia. Usted tenía en su pro á la señora de Aurray, á Manuel y al marqués, y Margarita solamente á mí. Luego, todas las probabilidades de triunfo estaban á favor de usted; por esta y no por otra razón me dirigí á usted directamente, pues de sucumbir yo á manos de usted, Margarita, por causas que le serán á usted completamente desconocidas, no podía tomarle por esposo, y si usted sucumbía á las mías, el asunto se simplificaba aún más, por lo que todo comentario huelga.

—No puede ser más lógico el exordio, caballero—repuso el barón sonriendo y sacudiéndose con el látigo las botas:—vamos al cuerpo del discurso, si le place.

—Ahora todo ha cambiado—prosiguió Pablo inclinándose en señal de asentimiento:—el marqués ha fallecido, Manuel tiene su despacho, la marquesa renuncia á la alianza con usted, por muy honrosa que sea, y Margarita casa con el señor barón Anatolio de Lusignán, á quien, por esta causa, no le he cedido á usted por testigo.

—¡Ah! ¡ya!—profirió Lectoure—ahora comprendo el significado del billete que un criado ha puesto en mis manos al salir yo del castillo. ¡Y yo que he sido bastante bobo para tomarlo por un aplazamiento! Al parecer, era una despedida en toda regla. Perfectamente, caballero; estoy aguardando la peroración.

—Será también sencilla y franca, caballero. No le conocía á usted ni deseaba conocerle; pero el acaso nos puso frente á frente movidos por intereses contrarios, y vino la provocación; y es que desconfiando yo del destino, como ya le he dicho á usted, quise acudir en su ayuda. Hoy mi muerte ó la de usted sería completamente inútil y sólo añadiría un poco de sangre al desenlace del drama. Con franqueza, caballero. ¿Usted cree que vale la pena de derramarla?

—Quizás abundaría en su parecer, caballero—respondió Lectoure, si no hubiese venido de tan lejos—Ya que no me cabe la honra de casar con la señorita Margarita de Auray, quiero á lo menos cruzar mi espada con la de usted. No se dirá que he venido á Bretaña porque sí. Cuando usted guste, caballero—añadió Lectoure desenvainando su acero y saludando á su adversario.

—A sus órdenes, señor barón—dijo Pablo con igual cortesía é imitándole.

Los dos jóvenes avanzaron un paso á su recíproco encuentro, chocaron las

hojas, y al tercer pase la espada de Lectoure fué á parar á veinte pasos de éste.

—Antes de desenvainar la espada—dijo Pablo á Lectoure—le he ofrecido á usted una satisfacción; ahora, caballero, sería para mí ocasión de plácemes si se dignase aceptar mis disculpas.

—Esta vez las acepto, caballero—repuso el barón con la misma indiferencia que si no hubiese ocurrido cosa alguna.—Recoja usted mi espada, Dick. Ahora, caballeros—prosiguió Lectoure tomando el arma de manos de su criado y envainándola nuevamente—si alguno de ustedes tiene algo que mandar para París, allá me vuelvo en línea recta.

—Diga usted al rey, caballero—profirió Pablo haciendo una reverencia y envainando á su vez el acero,—que me felicito por haber quedado pura de la sangre de uno de mis compatriotas la espada que me dió para combatir contra los ingleses.

Ambos jóvenes se saludaron; Lectoure se subió de nuevo sobre su caballo, y al encontrarse á unos cien pasos de la playa, tomó directamente el camino de Vannes, mientras su criado se dirigía al castillo en busca de una silla de postas.

—Ahora, señor Walter—dijo Pablo—envíe usted un bote al ancón más inmediato al castillo de Auray, y haga porque todo esté preparado á bordo de

la fragata para levar anclas esta noche.

El teniente se volvió á Puerto Luis, y los dos amigos entraron nuevamente en la cabaña.

Interin, Manuel y Margarita cumplieron el fúnebre deber al cual les llamara la campana funeraria. El marqués fué colocado en la blasonada sepultura de su familia. Achard enterrado en el humilde cementerio contiguo á la capilla. Luego los dos hermanos subieron otra vez para reunirse á su madre, que entregó á Manuel el tan deseado despacho y dió á Margarita el tan inesperado consentimiento, y para no renovar emociones tanto más dolorosas cuanto los que las sentían las encerraban en sus corazones, madre é hijos se besaron por última vez y se separaron íntimamente convencidos de que no volverían á verse nunca jamás en la tierra.

El resto del día lo emplearon Manuel y Margarita en hacer sus preparativos de viaje, y, al anoecer, la marquesa salió del castillo para acudir á la cita que le diera Pablo.

Al atravesar el patio, la dama notó á un lado un coche dispuesto para emprender la marcha, y al otro al joven guardia marina Arthur y dos marineros, y á la vista de aquellos dobles preparativos, se le oprimió el pecho. Sin embargo, prosiguió adelante y se internó en el parque, sin ceder á la emoción que

sentía; de tal manera la dilatada reacción del orgullo contra la naturaleza le había dado fuerzas sobre sí misma.

No obstante, al llegar á un claro desde el cual se divisaba la casa de Achard, la marquesa, sintiendo que le flaqueaban las rodillas, se detuvo, y arriándose á un árbol se oprimió el corazón con la diestra cual si hubiese querido acallar sus latidos; y es que, parecida á esas almas á quienes el peligro presente no ha conseguido conmover, y se estremecen al recuerdo del riesgo pasado, recordaba cuántos temores y cuántas emociones le habían asaltado durante los últimos veinte años, en los que diariamente se presentara en aquella casa, cerrada ahora para no volver á abrirse nunca jamás. Sin embargo, pronto dominó su desfallecimiento, y reanudando su camino llegó á la puerta del parque, donde volvió á detenerse.

Sobresalía de todos los árboles la copa de una gigantesca encina, de la que se descubría el follaje desde varios puntos del parque.

La marquesa había pasado, con frecuencia, horas enteras con los ojos fijos en la verde bóveda de aquel árbol, pero sin atreverse nunca á ir á descansar á su sombra. Con todo, aquel era el sitio donde, según prometiera, debía reunirse á Pablo, y donde éste le estaba aguardando.

Por fin, la marquesa hizo un postrer esfuerzo sobre sí misma, penetró en el bosque, y desde lejos vió á un hombre arrodillado y orando; era Pablo.

La de Auray se acercó lentamente al joven, y arrodillándose á su vez, oró con él. Luego, ya terminadas sus oraciones, ambos se levantaron, y, sin proferir palabra, la marquesa rodeó el cuello del joven con su brazo derecho y apoyó la cabeza en su hombro.

Tras algunos instantes de silencio y de inmovilidad, llegó hasta ellos el ruido de un coche.

La marquesa se estremeció é hizo seña á Pablo de que escuchase: era Manuel, que iba á incorporarse á su regimiento. Al mismo tiempo Pablo tendió la mano en la dirección opuesta á la del ruido, y mostró á la marquesa un bote que, ligero y silencioso, se deslizaba por la superficie del mar: era Margarita que se dirigía á bordo de la fragata.

Escuchó la marquesa el ruido del coche mientras pudo oirlo, y siguió con la mirada el bote hasta que le fué posible divisarlo; luego, cuando el primero se hubo apagado en el espacio y el otro desaparecido en la obscuridad, se volvió hacia Pablo y fijó en el cielo los ojos, comprendiendo que había llegado la hora de que aquel en quien se apoyaba, á su vez, debía separarse de ella.

—Dios bendiga como yo bendigo,—

profirió la marquesa,—al hijo piadoso que ha sido el último en abandonar á su madre.

Y haciendo un llamamiento á todas sus fuerzas, besó por postrera vez al joven, que estaba arrodillado á sus pies, y arrancándose luego de los brazos de éste, tomó de nuevo, y sola, la vuelta del castillo.

Al día siguiente, los habitantes de Puerto Luis buscaron en vano, en el sitio donde todavía la vieran la víspera, la fragata que desde hacía quince días estaba estacionada en la abra exterior de Lorient. Como la vez primera, había desaparecido sin que aquéllos pudiesen adivinar la causa de su llegada ni la de partida.

## EPILOGO

Cinco años después de los acontecimientos que acabamos de narrar, la independencia de los Estados Unidos había sido reconocida. Nueva York, última plaza fuerte ocupada por los ingleses, acaba de ser evacuada. El estampido del cañón, que resonara á un tiempo en el mar de las Indias y en el golfo de Méjico, dejó de conmover ambos océanos. Washington, en la solemne sesión del 28 de diciembre de 1783, había presentado la dimisión de su cargo de general en jefe y retirádose á su hacienda de Montvernon, sin otra recompensa que la de recibir y enviar sus cartas libres de franqueo.

Si haciendo un pequeño esfuerzo de complacencia nuestros lectores tienen á bien acompañarnos á la otra parte del Atlántico y aportar con nosotros en Tierra Baja, seguiremos entre fuentes que manan acá y acullá, una de las calles que suben al paseo del Campo de Arbaud; luego, después de haber disfrutado, durante un tercio de su longitud, de la fresca sombra de los tamarindos que la orillan á cada lado, doblaremos á la izquierda y tomaremos por un sendero



trillado que conduce á la puerta de un jardín que, desde su parte más elevada, domina la ciudad.

Cinco años hace que habitan en aquel paraíso de la tierra, Anatolio de Lusignán y Margarita de Auray, á quienes el lector ha visto figurar en primer término entre los personajes del drama que acabamos de desenvolver á sus ojos.

A la existencia combatida por las pasiones, á la lucha del derecho natural contra el poder legal, á la serie de escenas en las que todos los dolores terrenos, desde el alumbramiento hasta la muerte, desempeñaran su papel, había sucedido una vida serena, de la que todos los días se deslizaban apacibles y tranquilos, sin más nubes que la vaga inquietud que sentimos por los amigos lejanos, inquietud que, á las veces, cruza el espacio y nos oprime el corazón como un presentimiento doloroso. Sin embargo, de tiempo en tiempo, sea por los periódicos políticos, ó bien por los buques que hacían escala en el puerto, Anatolio y Margarita habían sabido algunas noticias de aquel que con tanta eficacia les sirviera de protector.

Por la tarde del día en que hemos transportado á nuestros lectores desde las inhospitalarias costas de la Bretaña á las fértiles orillas de la isla de Guadalupe, la joven familia estaba, como hemos manifestado, reunida en el mismo

jardín en que hemos entrado, y dominaba el inmenso panorama del que formaba el primer plan la ciudad tendida á sus pies y el Océano, sembrado de islas, en último y maravilloso término. Margarita, acostumbrada muy pronto á la indolencia de la vida criolla, y con el alma en lo sucesivo tranquila y dichosa, abandonaba su cuerpo, como siempre pálido, endeble y gracioso como el lirio silvestre, al dulce *far niente* que convierte la existencia sensual de las colonias en una como somnolencia en que los acontecimientos parecen sueños.

En aquel instante, y cual si todo debiese haber concurrido á redondear el mágico cuadro que la joven acudía á contemplar cada tarde, y al que cada tarde encontraba más maravilloso, un buque, semejante al rey del Océano, dobló el cabo de las Tres Puntas, deslizándose por la superficie del mar sin más esfuerzo aparente que el que hace un cisne que retoza sobre el espejo de un lago. Margarita, que fué la primera en divisar la nave, sin proferir palabra, de tal suerte cada acción de la vida es una fatiga en aquel clima abrasador, hizo con la cabeza una seña á Lusignán, que dirigió la mirada hacia el lado que su esposa le indicaba, y, como ésta, siguió con los ojos y en silencio la marcha veloz y graciosa de la embarcación. A compás que ésta iba acercándose y apa-

recían en medio de la mole de velas, que al principio semejaban una nube deslizándose por el horizonte, los pormenores delicados y elegantes de su arboladura, Margarita y Lusignán fueron distinguiendo sucesivamente el pabellón de la nave, sus fajas de plata y gules, y por fin las estrellas en campo de azur, en número igual al de las Provincias Unidas. Entonces á ambos jóvenes les ocurrió el mismo pensamiento, y cruzaron una radiante mirada en la que se leía la esperanza de que quizás iban á saber noticias de Pablo. Lusignán ordenó al punto á un negro que fuese á buscar un catalejo; pero, antes de que el negro hubiese regresado, un pensamiento todavía más grato había hecho latir los corazones de ambos jóvenes: parecíales á Lusignán y á Margarita conocer á su antigua amiga en la fragata que iba acercándose. Sin embargo, para el que no está acostumbrado, es tan difícil distinguir á cierta distancia las señales que hablan á los ojos del marino, que aquéllos no se atrevían aún á dar crédito á tal esperanza, que asumía más el carácter del presentimiento que no el de la realidad. Por fin regresó el negro con el instrumento deseado, y Lusignán, después de haberlo llevado á sus ojos, profirió un grito de gozo y lo entregó á Margarita: en la escultura de la proa de la nave había conocido la estatua de Guiller-

lermo Coustou; de consiguiente, la fragata que á velas desplégadas hacía rumbo al puerto era la *India*.

Lusignán levantó á Margarita de su hamaca y la colocó en el suelo, pues el primer impulso de ambos fué dirigirse inmediatamente al puerto; pero asaltándoles la duda de que la *India*, á la que Pablo abandonara hacía cerca de cinco años, cuando un grado superior le diera derecho al mando de un buque de más porte, podía muy bien estar al mando de otro capitán, se detuvieron con el corazón palpitante y temblándoles las piernas. Interin, el joven Héctor había empuñado el anteojo, y llevándolo á sus ojos como viera hacer uno en pos de otro á sus padres, á poco dijo: «Padre, en la cubierta del buque hay un oficial que lleva el capote negro bordado de oro, semejante al que ostentaba el retrato de mi amigo Pablo.» Lusignán tomó con viveza el catalejo de manos del niño, miró por espacio de algunos segundos, y lo entregó nuevamente á Margarita, la cual, al cabo de un instante, lo bajó; luego los dos esposos se abrazaron: habían conocido al joven capitán, que para reunirse otra vez con sus amigos vestía el traje que hemos dicho le era más habitual. En aquel momento el buque pasó por delante del fuerte, al que saludó con tres cañonazos, que fueron contestados inmediatamente.

Tan pronto Lusignán y Margarita hubieron adquirido la certeza de que realmente era su hermano y amigo el que mandaba la *India*, se encaminaron á la rada, seguidos del joven Héctor y dejando en la hamaca á la pequeña Blanca; pero, por su parte, el capitán también les conoció, de modo que al mismo tiempo que aquéllos salían del jardín, él hizo arriar la yola, y gracias á los redoblados esfuerzos de seis robustos remeros, salvó con rapidez la distancia que separaba de tierra firme el fondeadero, y puso el pie en el muelle en el instante que sus amigos llegaban al puerto.

Tales sensaciones son mudas y sólo se traducen en lágrimas. Así es que la manifestación del gozo que sentían aquellos seres asumía todas las apariencias del dolor. Todos derramaban lágrimas, incluso el niño, que lloraba de ver llorar.

En dando algunas ordenes relativas al servicio del buque, el joven comodoro tomó lentamente, con sus amigos, el camino que éstos recorrieran con tanta presteza para volar á su encuentro.

Fracasada la expedición de Vaudreuil, Pablo había regresado á Filadelfia, y firmada la paz con Inglaterra, el Congreso, como recuerdo de gratitud, le había regalado el primer buque del que asumiera el mando.

Al referir Pablo á Lusignán y á Margarita lo que acabamos de decir, fué in-

descriptible el gozo que éstos sintieron por un instante, pues supusieron que su hermano venía para quedarse á vivir con ellos; pero el caracter del joven marino era harto aventurero y demasiado ávido de emociones para sujetarse á la vida sosa y monótona de los habitantes de la tierra. Previno, pues, á sus amigos, que sólo podía concederles ocho días, y que, transcurridos éstos, iría á buscar en otra parte del mundo una vida que fuese continuación de la que hasta entonces llevara.

Los ocho días aquellos pasaron como un sueño, y por mucho que Lusignán y Margarita instaron á Pablo, éste no quiso concederles ni veinticuatro horas más: el marino continuaba siendo el hombre de siempre, vehemente, inflexible, absoluto, transformando en deber la resolución tomada, y severo para consigo mismo más todavía que con los otros.

Llegada la hora de separarse, Lusignán y Margarita se empeñaron en acompañar al comodoro hasta su buque; pero Pablo no quiso prolongar el dolor de la despedida. Una vez en el muelle, les besó por última vez, y luego, y de un salto, se metió en el bote, que inmediatamente se alejó con la rapidez de una flecha.

Margarita y Lusignán le siguieron con los ojos hasta que hubo desapareci-

do á estribor de la fragata, y llenos de tristeza subieron nuevamente á su vivienda, á fin de presenciar la partida de la nave desde la meseta en que la vieran arribar.

Una hora hacía ya que Margarita y Lusignán habían del todo perdido de vista á la nave, que, gracias á la hoguera mandada encender por ellos y que, alimentada incesantemente, se mantenía clara y brillante, podía verles aún, cuando surcó el horizonte una llama parecida á un relámpago; algunos segundos después, llegó á los oídos de los jóvenes esposos el estampido de un cañonazo, semejante al sordo y prolongado fragor del trueno; luego todo quedó otra vez envuelto en las tinieblas y el silencio.

Lusignán y Margarita habían recibido la última despedida de Pablo.

FIN

## INDICE

	<u>Pags.</u>
Trato vergonzoso . . . . .	5
La provocación. . . . .	26
La sombra de Morlaix. . . . .	35
La agonía del justo. . . . .	51
La madre y el hijo. . . . .	60
Los tres hermanos. . . . .	82
La madre y el hijo. . . . .	94
Epílogo. . . . .	111